

## UNA VERDADERA CASA DE PAPEL

Tras una larga mañana de clase en plena pandemia de coronavirus, lo que más deseaba era volver a casa con mi abuela. Encendí el móvil por el camino y vi



que no tenía ningún mensaje nuevo. Lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero.

Reí. Me vino a la mente la imagen de mi abuela acercándose a mí sigilosamente por la espalda para quitarme el móvil por sorpresa y demostrarme lo fácil que era que me lo robaran.

Esta vez lo guardé en la cazadora. Saqué las llaves de casa de mi mochila. Me costó

bastante. Se habían colado entre los libros hasta llegar al fondo. Antes de poder abrir la puerta, me empezó a sonar el teléfono y se me cayeron las llaves del susto. Era mi abuela. Nunca me solía llamar al salir del instituto. Supuse que sería algo importante.

— ¡Hija, hija mía! ¿¡Me oyes!?! — me dijo agobiada.

— Sí abuela, dime — contesté yo, preocupada. — ¿Qué es lo que pasa?

— Escucha, tienes que ayudarme. ¡Me tienen secuestrada!

— Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Quién abuela? ¿Dónde estás?

— No... no lo sé hija. Se tapan la cara con máscaras para que no los reconozca — me decía atropellando



las palabras. — Estoy en una habitación pequeña, blanca, con máquinas que hacen ruidos y no me puedo mover.

— Vale, tranquilízate abuela. Te sacaré de allí.

Se la veía cada vez más agobiada y a mí ya se me habían caído varias lágrimas, pero tenía que hacer algo. No podía llamar a mis padres, habían muerto en un accidente de barco hacía dos años. Mi abuela era la persona a la que más quería en el mundo, mi única familia, y no quería perderla. Tenía que encontrarla.

Llamé al 112 porque no me acordaba del número de la policía y me empezaron a hacer preguntas.

— ¡Ayuda, por favor! ¡Han secuestrado a mi abuela! — grité, apurada.

— ¿Cómo se llama tu abuela? — me preguntaron.

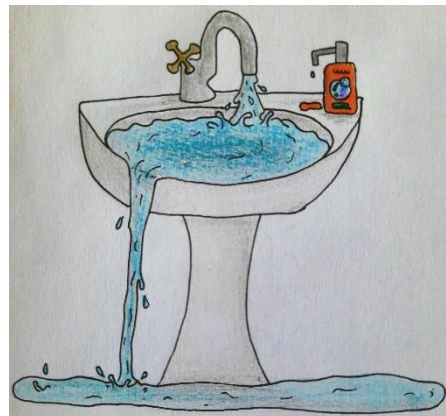
— Catalina.

— ¿Catalina Augusta Martín? — sugirieron con la voz más calmada.

— Sí, es ella, pero ¿cómo... — susurré, sorprendida de que la conocieran.

— Está en el hospital desde hoy por la mañana. Nos llamó una mujer diciendo que había oído un estruendo en la casa de su vecina y cuando

fue a ver lo que había ocurrido, la escuchó pedir ayuda. Entonces nos llamó. Forzamos la puerta para poder entrar y la encontramos en el suelo del baño. Tu abuela había olvidado el grifo abierto y se resbaló con el agua. Se



quejaba de que le dolía la cadera y nos la llevamos. Puedes ir a partir de las cuatro de la tarde a visitarla.

Solté un suspiro y me sequé las lágrimas de las mejillas con la manga de la chaqueta. Ya eran las tres de la tarde. Nada más terminar de comer, cogí la bicicleta y fui directa al hospital.

Allí estaba mi abuela, en una habitación blanca, como ella me dijo. Una enfermera vestida con un EPI se me acercó y empezó a hablarme de una forma un poco indecisa, como si estuviera nerviosa por lo que me iba a decir.

— Catalina... tu abuela... tiene la enfermedad de Alzheimer— me explicó sin andarse con rodeos.— Por eso cree que la hemos secuestrado. No se acuerda de cómo ha llegado aquí y está desorientada. El Alzheimer se trata de una enfermedad degenerativa...

— Sí. Ya sé lo que es — la interrumpí. No quería seguir escuchándola.

“Mentira, es mentira. Esto no puede estar pasando. No puede ser.” Ese pensamiento invadía mi cabeza. Rompí a llorar.

Entré a la sala en la que seguía mi abuela y sin pensármelo dos veces, fui a abrazarla.

— ¡Pequeña, has venido a rescatarme! — Me dijo ilusionada.

Nunca le había dado importancia, pero en ese momento me derrumbé. Hacía años que no la escuchaba pronunciar mi nombre. Normalmente me llamaba mi niña, hija mía, cariño... y ahora sabía por qué.

Le expliqué cuidadosamente dónde estábamos y le recordé lo que había pasado, intentando mantener la calma y ser paciente, como me habían dicho los médicos. Noté su angustia y vi la lágrima que recorría su rostro después de que un río de lágrimas mías lo hicieran.

— No quiero olvidarte cariño.

— Tranquila abuela, me aseguraré de que eso no pase.

Por fin le dieron el alta y volvimos a estar juntas en casa. Tuve una idea que pareció encantarle a juzgar por la cara que puso al entrar: una verdadera casa de papel.



Para que no se le olvidara nada, llené la casa de pósts de distintos colores y formas con el nombre de cada sala, dónde estaba cada cosa, los horarios que teníamos, etc. A demás, yo me puse uno en la camiseta con mi nombre y pegué fotos nuestras en cada rincón de la casa, para que siempre me recordase, y cada día nos divertíamos jugando juntas a juegos de memorizar.

— Muchísimas gracias mi niña de verdad, todo esto que estás haciendo por mí... es increíble.

— De nada, abuela, te lo mereces. Pero, ahora que sabes cuál es mi nombre, ¿por qué me sigues llamando así? — le pregunté, curiosa.

— ¿Y por qué tú me llamas abuela en vez de Catalina si sabes cómo me llamo? — me contestó ella con un tono gracioso de burla y cariño.

Nos echamos a reír a la vez y entonces un susurro hizo de aquel momento el mejor de mi vida. Mi abuela había pronunciado mi nombre.

**FIN**